

en 1663 en Hyeres, muerto en Clermont-Ferrand en 1742, le llamaron por casualidad á París del que iba á convertirse en primer consejero y director. Cuando estuvo aquí acudieron de todas partes á oírle y los carruajes estorbaban la circulación en los alrededores de San Eustaquio.

Si Luis XIV, que estaba en buenos términos con los jesuitas, se mostró algo frío para con aquel oratoriano, le estimaba sin embargo lo suficiente para tributarle elogios que figuran entre las palabras históricas de su reinado.

Era general la admiración, acudían de muy lejos á oírle y los días que predicaba costaban las sillas cinco y seis francos.

Era la moda, si hemos de creer lo que dice un folleto, las *Bagatelas morales*, que recomienda á las señoras que no vayan sino á los sermones caros.

« Una mujer bonita no debe ir más que á sermones bonitos; éstos se distinguen por la abundancia de carruajes y el precio de las sillas. Es envilecerse el santificarse por dos sueldos. »

Recibía homenajes bastante imprevistos. Un día, en un sermón acerca del lujo, echó en cara á las damas de la corte su descote excesivo é impudente. Añadía: « No les falta más que llamar la atención, con lunares inpertinentes. » Era entonces una de las grandes preocupaciones de la moda el escoger y colocar bien los lunares, que se hacían de todas las formas, de estrellas, de cometas, redondos, adornados con diamantes y que se pegaban en las sienes, la frente ó las mejillas. Pero aún no se habían llevado en el pecho. Al día siguiente del sermón de Massillon todas las señoras se pusieron en el baile un lunar en el pecho, y como Massillon era el primero que había hablado de ellos, los bautizaron con el nombre de *lunares á la massillona*. Era un triste resultado para un predicador.

Conoció los mayores triunfos de la palabra. Cuando pronunció la peroración de su sermón acerca « del pequeño número de los elegidos » todo el auditorio se levantó, transportado; corrió un largo murmullo y el mismo Massillon se sintió tan conmovido por sus propias palabras cuya emoción se veía por decirlo así multiplicada por la de la asamblea, que permaneció algunos instantes con la frente entre las manos y sin poder pronunciar una palabra.

La muerte de Luis XIV, cuya oración fúnebre pronunció, le trajo los honores que le habían sido negados hasta entonces. Fué nombrado casi al mismo tiempo académico y obispo de Clermont.

Pasó la vejez entre sus feligreses, que eran algo salvajes y difíciles de gobernar.

Les hizo mucho bien y se hizo querer mucho de ellos.

Consagróse sobre todo á la edificación de su clero, que le costó bastante trabajo mantener en buena armonía.

CAPÍTULO VII

LA ELOCUCENCIA

Elocuencia religiosa. — Massillon. — El abate Poulle. — Elocuencia académica. — Thomas. — Oradores de la Revolución. — En la Constituyente: Mirabeau. — Barnave. — Sieyès. — Menou. — Los hermanos Lameth. — El abate Maury. — En la Legislativa: Vergniaud. — Camilo Desmoulins. — En la Convención: Danton. — Robespierre. — Saint-Just. — Marat. — Napoleón I^o.

La elocuencia siguió en el siglo XVIII el movimiento social. Hasta 1789 efectuáronse en la iglesia sus más brillantes manifestaciones; más adelante, pasaron á la tribuna. Entre la elocuencia religiosa y la de la tribuna queda un pequeño puesto para la elocuencia académica.

La elocuencia religiosa tuvo un gran orador, Massillon.

Sábase vagamente que Massillon (1663-1742) pronunció ante Luis XV niño sermones reunidos bajo el nombre de *Pequeña Cuaresma*: no son los mejores ni fueron los más eficaces, si juzgamos por la conducta de su real oyente¹.

Pero ¿y los grandes sermones? ¿Quién tiene valor para tomar una vez en su vida á Massillon y leer sus discursos? Hay en ellos obras maestras que debieran ser inmortales y que duermen bajo el polvo de dos siglos de olvido. Á veces abre y hojea algún curioso estos tomos y se queda tan maravillado como si explorase un país desconocido. Algunos candidatos al bachillerato han leído con repugnancia en las antologías, una página ó dos del gran escritor. De lo demás, muy poco hablan.

Sería de desear que la Iglesia, que admite á los cantores y los cantos de los maestros en los templos, repitiese de vez en cuando las páginas de aquellos grandes predicadores y no dejase perderse la hermosa cosecha que podría hacer entre sus oradores sagrados. Triunfaría Massillon en estas resurrecciones.

Era grande y seductora la figura de aquel oratoriano provenzal. Nació

1. En efecto el sabio abate Maury halla en la elocuencia de Massillon, en estos sermones, síntomas de decadencia. Respecto á su eficacia, el cargo es infundado. Parodiando la graciosa fábula de Mora, *El Gato legista*, podríamos decir:

¡Váyanse con sermones
Al que nació con malas intenciones.

(N. del T.)

Fué Massillon un genio sencillo, que se distinguía por dos cualidades principales. Fué moralista perspicaz y retórico inimitable.

La moral de Massillon se distingue por lo mundana y hasta diríamos laica.

Nunca se las echa de dogmática.

Pudo conciliarse las simpatías de los mismos enciclopedistas. Voltaire se hacía leer, mientras comía, los sermones de Massillon; d'Alembert y La Harpe le consideraban como superior á Bossuet. Aquel predicador había secularizado la moral.

¡ Cuántas enseñanzas y cuántos consejos nos da, que nunca quedarán antiguos! ¡ Cómo trata á los mundanos que vienen al sermón por moda ó por galantear! « ¡ Habéis venido aquí con miras criminales que no me atrevo á descubrir por miedo de envilecer mi santo ministerio! » Recomendaba á los grandes la afabilidad para con el pueblo, la modestia, á pesar de la antigüedad del nombre, y si leemos el sermón acerca de la Humanidad de los Grandes para con los Pobres, no nos sorprenderá poco el que haya dicho mucho antes que Beaumarchais: « Si la suerte lo hubiese querido, yo hubiera sido hijo de príncipe ».

¡ Qué ciencia del corazón humano en el admirable sermón de las Aflicciones, en la pintura del amor y de sus locuras! Cuando le preguntaban dónde había aprendido todo aquello, respondía: « En mi corazón ».

¿ Conoció ó imaginó los tormentos del corazón? Es un pequeño problema cuya discusión tiene algo de sacrilego.

Lo cierto es que Massillon, predicador muy querido de las señoras, ha sido muy calumniado y ridiculizado. Su respuesta elocuente fué aquel sermón sobre la maledicencia en que, antes de Beaumarchais, hizo un lindo croquis de la calumnia: « Esa nada que adquiere realidad al pasar de una boca á otra ».

Afable, joven, ardiente, meridional, traía á París en su mirada de fuego los rayos del sol de la costa azul¹. Las mujeres se volvieron locas por él y no lo ocultaban. Le tomaron como director y le convidaron á ir á sus castillos. Se citaba, sonriendo, á la bella Sra. de Simiane, nieta de la Sra. de Sévigné, á la bella marquesa del Hopital, mujer del geómetra, y muy versada también en las matemáticas, y á la duquesa de Berry.

La cábala era perversa y los éxitos mundanos del joven orador excitaban muchas envidias y muchas burlas; cuando le nombraron obispo de Clermont llegaron hasta hacer canciones satíricas contra él.

Le consolaron el favor y la simpatía de los grandes y la del rey, que le decía:

1. Nombre que dan en Francia á la costa del Mediterráneo en la parte inmediata á Italia.

« He oído á varios predicadores y siempre quedé muy satisfecho, pero al oiros, Padre he quedado muy descontento de mí mismo. »

Estos triunfos no hacían mella en su modestia ingeniosa.

Un día le hacían cumplimientos acerca de su sermón:

— ¡ Ah! ¡ Qué bien habéis predicado!

Y el respondió con humildad, que quería expiar, al cometerlo, el pecado de fatuidad:

— Ya lo sé, el Demonio me lo ha dicho antes que vos.

Era conciliador y amigo de la paz.

Un conde du Rosemberg, herido en la batalla de la Marsaille, prometió, si escapaba, entrar en la Trapa. Una vez sano, olvidó su promesa. Dios se valió de un dolor de entrañas para recordársela, dice el P. Bourgerel. El enfermo consultó á Massillon que arregló la cosa con Dios.

Fué verdaderamente un hombre del siglo XVIII. Nada tiene de común con Bossuet ni Bourdaloue que ya no hablaban cuando subió él al púlpito.

Bossuet combate por el dogma con una fuerte elocuencia animada por la llama interior y que brota en imágenes grandiosas y conmovedoras.

Es Bourdaloue el temible abogado del altar, pues acumula las pruebas, lanzando á paso de carga escuadrones de argumentos y empleando toda su vigorosa dialéctica; y según la expresión de la Sra. de Sévigné, pegando como un sordo,

Habría que decir de Massillon que fué un gran retórico, si no trajera consigo el nombre de retórico una idea desfavorable. No es retórico cualquiera. La retórica es una poderosa cualidad cuando es el arte, definido y aconsejado por Quintiliano, de amplificar la idea adornándola, y, sobre todo, como decía Buffon, al pensar seguramente en Massillon, cuando es el orden y la claridad que se emplean en el discurso.

Tiene Massillon un encanto de elocución continuo, una armonía encantadora, una inagotable fecundidad de medios, imágenes grandiosas ó espantosas, un patetismo seductor, una gran ciencia del plan y del orden, y, sobre todo, la riqueza magnífica de sus amplios períodos que despliega sobre la idea como un gran telón.

Es á la vez suave y fuerte, y sus notas vigorosas llegan á nuestros oídos en medio de una música seductora. Se ha dicho de su elocuencia que era un torrente de leche y de miel, y Madama de Maintenon no hacía poco elogio de él cuando decía: « Tiene la misma dicción en la prosa que Racine en la poesía ».

Debemos representárnosle en el púlpito tal como nos le han descrito los contemporáneos, con los ojos medestamente bajos, y hablando con tono afectuoso.

No gritaba en sus sermones; pero su dulce persuasión derramaba en el ánimo de sus oyentes los sentimientos que se manifiestan por medio de las lágrimas y el silencio. Un día, delante del rey se quedó cortado.

El rey le dijo: « Reponeros; es muy justo que nos déjéis saborear las bellas y útiles cosas que nos decís. »

Nunca se ha igualado la elocuencia de sus períodos, amplios, plenos y musicales, admirablemente dispuestos, blandos y encantadores: el espíritu queda atónito ante tan bello ingenio oratorio, una de las más grandes glorias del púlpito y la más brillante después de Bossuet.

Dice de él Sainte-Beuve: « Gustarle á uno Massillon es poseer una cualidad de ciertos espíritus que puede servir para definirlos. Gustará Massillon á todo el que tenga en el oído un vago sentido de la armonía... Gustará á quienes guste navegar por ríos anchos y tranquilos; á quienes prefieran al Ródano impetuoso, al Eridano tal como lo ha pintado el poeta ó aun al mismo Rin con su salvaje majestad, el curso del río francés regio del Sena que baña las orillas cada vez más llanas de una Normandía floreciente. »

Esto es muy justo y lo sería más aún si Sainte-Beuve, simplificando en honor de la simetría, no hubiese dejado á un lado en Massillon la parte que corresponde al terror y al espanto.

Es una preocupación la de creer que era su palabra un verbo de miel pura; tiene cuando quiere fuerza é imágenes llenas de realidad, una imaginación poderosamente creadora. Véanse si no las páginas en que convida Massillon á su oyente en el lecho de muerte, y en el que procede á la separación entre el trigo y la paja que ha de quemarse y de que nos componemos desgraciadamente casi todos.

Entonces encuentra la fuerza, el vigor y los tonos ardientes y crudos que contrastan con su melosa reputación.

Descended vosotros mismos en espíritu á esos lugares de horror y de infección y escoged de antemano vuestro puesto. Representaos en aquella última hora, tendido en el lecho del dolor, luchando con la muerte, con los miembros helados por un frío mortal; con la lengua contenida ya por las cadenas de la muerte; con los ojos fijos, inmóviles, cubiertos por una nube confusa ante la cual empieza todo á desaparecer. Vuestros parientes y amigos en torno vuestro hacen votos inútiles por vuestra salud, redoblando vuestro espanto y vuestro sentimiento con la ternura de sus suspiros y la abundancia de sus lágrimas; el ministro del señor á vuestros lado, con la señal de la salvación, vuestro único recurso entonces, entre sus manos, y con

palabras de fe, de confianza y de misericordia en los labios. Imaginad este espectáculo tan instructivo, tan interesante cuando vos mismo no deis ya en las tristes agitaciones de aquel último combate más señales de vida que las convulsiones que anuncien vuestra muerte, estando ya todo el mundo anodado para vos, hallándoos despojado para siempre de vuestras dignidades y vuestros títulos, acompañado por vuestras solas obras, y á punto de comparecer ante Dios. No es esta una predicción, es la historia de todos cuantos mueren cada día ante vuestros ojos y será un día la vuestra. Recordad este momento terrible; ya llegará y no está muy lejos; acaso ha llegado ya.

Pero no era el terror su único medio de acción; no nos espanta sino para consolarnos y tranquilizarnos mejor. Cuanto más nos sume en el abismo, más parece prometernos al salir de aquella noche una claridad viva y vivificante. Nos abate para levantarnos después; y el consuelo sigue á la reconvencción.

Escuchemos su *Sermón sobre la Muerte* y veamos como los tintes sombríos del principio equilibran las esperanzas y los consuelos del fin.

Llevó al púlpito una ciencia extraordinaria de la composición, de la progresión en el desarrollo y de la estructura artística y sólida.

Es como un monumento cuyas vigas estuviesen aparentes, pero tan bien dispuestas y tan adornadas que lejos de afean la fachada fuesen una decoración y un encanto más. Nunca se oyó más bella armonía que la de aquellos amplios períodos que se desarrollan muellemente y manifiestan la prodigalidad de sus matices y sus colores.

Es preciso leer en alta voz como se ha hecho en nuestros días, estas bellas palabras de que decía justamente Sainte-Beuve:

« No olvidemos jamás que en esta elocuencia tan copiosa é intensa encontraba cada uno de los oyentes en cada uno de los puntos el tono que le convenía, el eco que respondía á su corazón; que lo que en el libro nos parece hoy previsto, porque nuestra mirada como en una gran avenida recorre en un instante la página entera presentaba entonces un efecto creciente y tanto más seguro, cuanto que era más continuo cuando toda aquella elocuencia, desde lo alto del púlpito, se amontonaba, se cernía lentamente y acababa por caer como nieve. »

Quería llegar á los corazones por el oído y seducir antes de convencer.

Es el prodigio de la elocuencia suave y musical.

Los adelantos del racionalismo ahogaron la voz de la predicación que no volvió á tener representantes ilustres después de Massillon. Puede citarse al abate Poulle (1702-1781) que pasó en su tiempo por un grande hombre. Su más célebre discurso fué un panegirico de san Luis que pronunció en presencia de la Academia francesa. En 1788 á instancias de su sobrino escribió sus sermones cuyo texto no había con-

servado; pero que había cincelado con tanto esmero que se los sabía de memoria. Nada le ha servido esto ante la posteridad¹.

La Academia fué el refugio que recogió por un instante la elocuencia. En el género de la elocuencia académica, fué Thomas el mayor hablador de aquella época sin esplendor.

Sus contemporáneos le comparaban de buena fe con Cicerón, su modelo. Cuando llegó la Revolución, cuando hubo en Francia una tribuna y verdaderos oradores, se observó que Thomas no lo era. Durante medio siglo había personificado el elogio académico, del que había dado una teoría en su « Ensayo sobre el Elogio » y numerosos ejemplos. Tenía Thomas el alma elevada y el estilo ampuloso. Tenía la pasión de las cosas grandes y no respetaba más que dos géneros, la elocuencia y la poesía épica.

Crítico escuchado, árbitro del gusto, pronunció algunos fallos desgraciados y célebres entre otros acerca de *Pablo y Virginia* del que predijo solemnemente la pronta caída.

La Revolución reanimó un género que se moría. Le comunicó el sople ardiente de la vida, de los furoros, de los entusiasmos, de las explosiones ardientes y la magnitud majestuosa de los graves problemas sociales y morales que había sometido al fallo de la discusión pública. Fué esencialmente un hermoso período oratorio: Guadet, Gensonné, Buzot, Lanjuinais, Brissot, aunque muy elocuentes, son tribunos muy medianos al lado de los que voy á citar.

En la Constituyente y desde las primeras sesiones de los Estados, dominó á todos los demás un nombre, el de Mirabeau (1749-1791). Bien lo echaron de ver desde el primer instante, el 20 de junio, cuando el marqués de Brezé fué en nombre del rey á invitar á los disputados del Tercer Estado á que se retirasen. La asamblea vacilaba. Su presidente Bailly guardaba silencio. Entonces salió Mirabeau de entre la multitud y dirigiéndose al elegante marqués, le despidió con estas palabras: « Id á decir á vuestro amo que estamos aquí por la voluntad del pueblo

¹ El púlpito había decaído tanto con la invasión de las nuevas ideas que los sermones parecían más conferencias mundanas, según un contemporáneo, y los predicadores hasta se abstienen de nombrar á Jesucristo. (N. del T.)

y no saldremos sino por la fuerza de las bayonetas¹. » Bailly, que era el único que tenía derecho para tomar la palabra en nombre de la asamblea, se sintió más mortificado aún que Brezé por aquella audacia. Pero tuvo que resignarse y desde aquel día fué Mirabeau el que dirigió la Asamblea.

Por lo demás aquello no sorprendió á nadie, pues era ya célebre antes de ser enviado á los Estados; los Riquetti, familia florentina desterrada y establecida en Provenza, habían llenado la Francia desde hacía medio siglo con sus escándalos. Habían guardado algo de su origen, el espíritu de sedición, la necesidad de dominar, el cinismo de los costumbres y la violencia de los instintos. Mirabeau, el orador, poseía hasta un punto extremado las cualidades y los defectos de su raza. Su juventud había sido una novela bastante escabrosa.

Sublevado desde su infancia contra la autoridad de un padre déspota y brutal, aprisionado por sus trampas, arrojado del ejército por intrigas, había pasado por varias prisiones de Francia, desde el Castillo de If hasta Vincennes, hallando medio entre tanto de instruirse, de leer todo cuanto se escribía, de escribir él mismo una docena de volúmenes, intentar pleitos á su hermano, de casarse y pleitear con su propia mujer. Su hermano el vizconde era célebre también por sus desórdenes; pero podía pasar por decente á su lado. « En otra familia, decía, mi hermano pasaría por ingenioso y vividor; en la nuestra es el tonto y el hombre de bien. »

El vizconde, á quien llamaban Mirabeau-Tonel, no era más que borracho; era poco para un Riquetti. « ¡Qué quieres, decía á su hermano, no me has dejado más que ese defecto! »

Uno de los chistes más notables del abate Maury fué dicho en la Asamblea Nacional.

Bajaba el abate de la tribuna, muy aplaudido por los monárquicos.

Mirabeau se lanza y dice:

— Voy á encerrar al abate Maury en un círculo vicioso.

El orador realista se vuelve y replica:

— ¿Me queréis dar un abrazo?

Ya conocían á Mirabeau cuando le mandaron á los Estados. Pero cuando le vieron frente á frente pareció más horrible aún que su reputación. Su fealdad era indecible. Había nacido con un pie torcido, con la lengua trabada y le faltaban ya varias muelas. Á los tres años le habían desfigurado las viruelas.

Acusado de raptó y seducción, decía al tribunal:

¹ Parece que estas famosas palabras, como tantas otras sonoras fórmulas que andan por los libros, no salieron nunca de los labios de Mirabeau. Desde punto y hora que nació el periodismo no hay medio de comprobar la verdad de nada. (N. del T.)

« Señores, me acusan de seducción. Como única respuesta y defensa quiero que se exponga mi retrato. »

Hay que ver, para representárselo, no los retratos demasiado idealizados, sino la máscara de yeso en que se vació su rostro después de su muerte. La boca, ancha y torcida conserva aún una expresión de ironía despreciativa; el rostro está arrugado, el cuello es enorme y los ojos desaparecen tras los espesos párpados. « La naturaleza, dice Chateaubriand había modelado su cabeza para el imperio ó para la horca, y sus brazos para oprimir una nación ó robar á una mujer. Cuando sacudía las crines mirando al pueblo, éste se detenía; cuando levantaba la pata y enseñaba las uñas, la plebe se precipitaba furiosa. En medio del horrible desorden de una sesión le vi en la tribuna, sombrío, feo, inmóvil; recordaba el caos de Milton impasible y sin forma en medio de su confusión. » Reía él mismo de su fealdad y decía: « Cuando sacudo mi melena no hay quien se atreva á interrumpirme. »

Aquella fealdad era sublime cuando se animaba al hablar, « cuando ponía en movimiento su fuelle de fragua ».

Sus grandes discursos son extraordinariamente desiguales. Había en su espíritu como en su carácter una confusión incomprensible de defectos y cualidades raras. Al lado de movimientos admirables, hay pasajes de mal gusto y plagios desvergonzados. Toma lo que le conviene donde lo encuentra y declama como suyas páginas enteras que roba. Para dar salida á aquel torrente de elocuencia necesita cuatro ó cinco secretarios, ocupados sin cesar en escribir para él los discursos que declama en la Asamblea, aunque transformados y embellecidos con sus giros, sus ideas, sus imágenes y la seducción de sus períodos. Es un improvisador de genio como lo prueba su discurso contra la bancarrota que no había preparado y cuya peroración es seguramente su obra maestra: « Amigos míos, escuchad una palabra, una sola palabra. Dos siglos de depredaciones y de rapiñas han abierto el abismo en que está á pique de fenecer la monarquía. Es preciso llenar ese abismo espantoso. Pues bien, he aquí la lista de los propietarios franceses: escoged entre los más ricos para sacrificar menos ciudadanos; pero escoged, pues es preciso que perezca un corto número para salvar á la masa del pueblo. Poseen los dos mil notables con que colmar el déficit. Restableced el orden en vuestra hacienda, la paz y la prosperidad en el reino. Inmolad sin piedad á estas tristes víctimas, precipitadas en el abismo que va á cerrarse... No retrocedáis horrorizados. »

Cuando llegó la discusión de las prerrogativas regias, tomó la defensa de la monarquía, se volvió desde entonces impopular y triunfó su rival Barnave. Vendieron por las calles un libelo violento que le acusaba de traición y venalidad.

« Á mí también, decía, querían llevarme en triunfo hace unos días

y ahora pregonan por las calles la gran traición del conde Mirabeau. No necesitaba esta lección para saber que hay poca distancia del Capitolio á la Roca Tarpeya; pero el hombre que combate por la patria no se da por vencido. »

Á partir de aquel momento procuró contener los progresos de la Revolución y se aproximó resueltamente á la Corte. « Si hacéis una ley sobre los emigrados, dijo un día, juro no obedecerla nunca. » La izquierda montañesa que no era aún más que una débil minoría, protestaba con murmuraciones. Se volvió hacia ella, amenazador y gritó: « Silencio á los treinta votos. »

La monarquía, fuerte con su apoyo, se levantaba y recobraba confianza cuando murió. Orador hasta el último instante, pronunció al expirar estas palabras elocuentes y proféticas: « Me llevo conmigo el duelo de la Monarquía; los facciosos se disputarán sus pedazos. »

Al lado de Mirabeau palidecen los demás oradores de la Constituyente.

Barnave (1761-1793) hubiera podido pasar, sin él, por un gran orador; pero aquella proximidad lo aplasta. Era aún joven Barnave cuando apareció en los Estados; se observó que hablaba sin apuntes, cosa bastante rara y se estableció pronto su reputación de orador, tanto más fácilmente cuanto que su juventud no le permitía dirigir la asamblea y por consiguiente no inspiraba recelos. Poseemos algunos de sus discursos; son de estilo correcto, elevado y fuerte. Quisiéramos ver en ellos más pasión. Les falta, como dice Mirabeau « la divinidad ». Dijo Maury acerca de Barnave una frase cruel y que se hizo célebre; le llamó un día el « Caño de agua tibia ». Aquel nombre se le quedó y lo merecía. Como jurista y protestante que era, despreciaba el brillo del estilo. En su más famoso discurso, el que pronunció para defender la inviolabilidad real después del regreso de Varennes, todo está expuesto clara y friamente. No supo encontrar esas frases notables de que se apodera la historia.

Se hundió su popularidad después del regreso de Varennes, cuando se apiadó de la familia real y quiso defenderla. La apertura del armario de hierro el 10 de agosto hizo conocer una correspondencia que había entablado con la Corte. Le detuvieron. En presencia de sus jueces se defendió clara y friamente, como si se hubiera tratado de otro. Fué este uno de sus mejores discursos y uno de los menos apasionados; pero su brillante defensa fué vana y le ejecutaron en 1799 á los treinta y dos años.

Al lado de Mirabeau y de Barnave, defendiendo igualmente la causa de